

Tensiones turco-americanas en el marco del conflicto iraquí

Soli Özel

Mehmet Ali Tuğtan

Bilgi University, Estambul

Las relaciones turco-norteamericanas

Tal vez sin esperarlo, el 2003 se ha convertido en un año importante para las relaciones turco-norteamericanas, definidas por la guerra liderada por Estados Unidos contra Irak y la postura que Turquía finalmente adoptaría en torno a la colaboración.

El nuevo e inexperto Gobierno del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), dirigido por Abdulá Gul, sostuvo difíciles negociaciones con Washington sobre la naturaleza y la magnitud de la colaboración turca en la guerra. Los norteamericanos exigían el uso de bases aéreas en Turquía, incluidas las cercanas a Estambul y a las costas del mar Negro, y autorización para desplegar hasta 60.000 efectivos norteamericanos en territorio turco en dirección a Irak, lo que comportaba además la apertura de un frente en el norte. A cambio, Estados Unidos aceptaría el establecimiento de una zona de seguridad de 20 km en el norte de Irak, a la que marcharían hasta 50.000 soldados turcos, 30.000 de los cuales estarían bajo el mando estadounidense. Asimismo, EE UU se comprometió a que los partidos kurdos del norte de Irak no enviaran sus fuerzas a Kirkuk, la principal ciudad multicultural mayoritariamente turcomana, a eliminar a los militantes del Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK) localizados en Irak y a entregar a Turquía seis mil millones de dólares en subvenciones o veinte mil millones en préstamos a largo plazo. Una última

cuestión de gran importancia para Turquía era la protección de la minoría turcomana asentada en el norte de Irak. A medida que las negociaciones se materializaban en la adopción de un acuerdo definitivo, el Gobierno, con la aprobación del Parlamento, ya había permitido que el personal técnico estadounidense instalara varias bases y enviara personal, vehículos y material a la ciudad portuaria de Iskenderun. Esos preparativos indicaban la voluntad del Gobierno de satisfacer las demandas de Washington. Pero cumplir esa tarea resultó más difícil.

En primer lugar, no había persona ni institución en Turquía que estuviera a favor de la guerra. De hecho, el Gobierno tuvo que apartarse de su habitual postura para unirse a las potencias regionales y encontrar una solución pacífica a la crisis.

En cuanto al papel que debería asumir Turquía en caso de guerra, la práctica totalidad de las personas se oponía a la colaboración. Entre las instituciones que debían tomar una decisión, la presidencia se oponía categóricamente a la colaboración turca sin una resolución de Naciones Unidas que legitimara la guerra contra Irak. El portavoz del Parlamento asumió esa misma posición. En cambio, el ministro de Asuntos Exteriores estaba a favor de la colaboración. Los militares, que habían tenido grandes reservas acerca de la guerra y mostraban serias preocupaciones, también se pusieron a favor. El Gobierno mismo se encontraba dividido y, tal y como sugieren informes posteriores, el primer ministro se sentía cuando menos incómodo con la idea de permitir que se abriera un frente norte en caso de que la guerra fuera inevitable.

Tales escisiones se reflejaban también en el Consejo de Seguridad Nacional como autoridad máxima encargada de tomar las decisiones sobre la seguridad en Turquía. En su reunión el día antes de la votación final en el Parlamento, esa misma institución se negó a pedir el voto positivo.

El partido de la oposición, el Partido Popular republicano (CHP), estaba en contra del despliegue de efectivos norteamericanos, pero apoyaba el envío unilateral de soldados turcos al norte de Irak, maniobra que los Estados Unidos consideraban inaceptable sin su consentimiento.

La decisión del Parlamento turco de no secundar el decreto del Gobierno conmocionó fuertemente a los norteamericanos. A pesar de la gran decepción que eso supuso, la posición oficial fue de respeto por la voluntad democrática de Turquía. Aunque la decisión dejaba fuera de la guerra al cuarto regimiento, Washington decidió no castigar a Turquía. El próximo punto de las negociaciones era si Turquía permitiría utilizar su espacio aéreo. Antes de llegar a un acuerdo definitivo, estalló la guerra. Eso acalló la opinión de muchos turcos –entre ellos, la de algunos representantes del Gobierno y de los militares– de que el Pentágono no tenía un plan B y que sin Turquía no se podía librar la guerra. Mas tarde, un oficial norteamericano resumiría el asunto diciendo que Turquía exageraba su importancia.

Una vez iniciada la guerra y debido a que en el norte de Irak EE UU tenía que confiar exclusivamente en la colaboración de los kurdos, las líneas rojas declaradas en Turquía pronto quedaron borradas. Las fuerzas kurdas entraron y saquearon las ciudades de Kirkuk y Mosul. Turquía quería ostentar el derecho

de entrar en el norte de Irak en caso de que hiciera falta ayuda humanitaria o hubiera actividad del PKK. La respuesta de Estados Unidos fue un «no» rotundo. A pesar de la tensión evidente entre las partes, también se supo posteriormente que Turquía permitió el paso de fuerzas especiales al norte de Irak, el uso de su espacio aéreo antes de la decisión del Parlamento y el traslado de los soldados norteamericanos heridos hacia la base de Incirlik, en Adana. Otra prueba de que Turquía sigue siendo importante para EE UU en el futuro es la visita del secretario de Estado Powell a Ankara el 2 de abril, en la que ofreció mil millones de dólares en subvenciones u ocho mil quinientos millones en préstamos.

La principal víctima de este episodio fueron las relaciones entre el Pentágono y las fuerzas armadas turcas. A raíz de ese distanciamiento se redefinió la llamada asociación estratégica de los años noventa entre los dos países. Desde el punto de vista de los norteamericanos, el ejército militar turco no pudo estar donde se le convocaba en el momento necesario. Ese mensaje fue transmitido explícitamente por el subsecretario de defensa, Paul Wolfowitz, uno de los turcófilos más influyentes en Washington y hombre comprometido con la democratización turca. En una entrevista ofrecida a la cadena CNN-TURK TV, Wolfowitz expresó su decepción por el hecho de que el ejército turco no tomara la iniciativa en una decisión relacionada con la seguridad y pidió a Turquía que reconociera que había cometido un error al no apoyar el derrocamiento de un tirano sangriento. Esta entrevista dio pie a muchas polémicas. ¿Estaba pidiendo Wolfowitz que Turquía se disculpase? ¿Se lamentaba de que hubiese funcionado la democracia turca y prevalecido la opinión de los civiles? De ser así, ¿qué clase de democracia tenía pensada para Turquía?

Cuando la mayoría de personas pensaba que con esa entrevista se debería haber tocado fondo en las relaciones turco-norteamericanas, el incidente del 4 de julio las deterioró mucho más. Como para borrar aún más las líneas rojas de Turquía, destacamentos de la 101 división aérea entraron por la fuerza en la oficina de enlace de las Fuerzas Especiales Turcas en Sulaymaniyah. Se

necesitaron dos días completos para liberar a los prisioneros. La opinión pública turca estaba indignada. El comité militar conjunto encargado de investigar los hechos emitió un informe que no incluía ninguna disculpa del ejército de EE UU. Los norteamericanos alegaron que las Fuerzas Especiales Turcas en la región estaban preparándose para librar acciones no autorizadas por su mandato de misión. Inmediatamente se inició el trabajo para reparar las relaciones entre los dos cuerpos militares y el jefe supremo de la OTAN, el general Jones, y el jefe del CENTCOM, el general Abizaid, visitaron Ankara al mismo tiempo.

El siguiente e importante punto en las relaciones consistía en dilucidar si Turquía estaría o no lista para enviar tropas a Irak. Estados Unidos pidió el envío de tropas turcas cuando Ankara expresó su voluntad de ayudar. El hecho de que el Gobierno turco contemplara esa polémica idea, por demás impopular, obedecía principalmente a dos razones: la primera y más evidente, era el deseo del Gobierno de compensar a EE UU por haberlos decepcionado en el último momento el pasado marzo. Igualmente importante era el deseo de los militares turcos de estar presentes físicamente en Irak. Tal y como señalara el jefe del Estado Mayor, el general Hilmi Ozkok, el 30 de agosto, «no se puede ganar la lotería sin comprar un número». El ejército creía que así podría disuadir a los kurdos en caso de que quisieran aprovechar la confusión de Irak e intentar limpiar la región de no kurdos o bien declarar la independencia. Por ello, el ejército turco veía con inquietud la presencia de 5.000 efectivos del partido separatista PKK en el norte de Irak, contra los que EE UU no hizo nada. El hecho de que Estados Unidos no emprendiera acciones contra el PKK, a pesar de considerarlo una organización terrorista y de haberse comprometido con Turquía en ese aspecto, contribuyó al actual clima de desconfianza entre las partes.

Esa preocupación por el norte de Irak fue la razón principal de que no se llegara fácilmente a un acuerdo sobre el lugar donde desplegar las tropas turcas. No es ocioso señalar que, si bien las relaciones turco-norteamericanas no se han recuperado totalmente, tampoco se romperán. Y seguirán desa-

rollándose, pero por razones diferentes de las que prevalecían durante la guerra fría.

La OTAN y Turquía

El año 2003 se inició con una crisis por la tardía respuesta de la OTAN a la solicitud por parte de Turquía de ayuda contra un posible ataque con misiles desde Irak cuando la guerra con dicho país era ya inminente. La alianza, en contra de las expectativas de EE UU y Turquía, no pudo dar una respuesta rápida y positiva. Bélgica, Francia y Alemania sintieron que esa decisión constituiría la aprobación de los preparativos iniciales de EE UU para la guerra contra Irak. Turquía consideró que esa negativa subestimaba su importancia.

La clase política turca compartía la idea, expresada por muchos políticos occidentales y el secretario saliente de la OTAN, Lord Robertson, de que, a la luz de las nuevas amenazas que afrontaba la Alianza, Turquía dejaba de ser un país del flanco sur para ser un país fronterizo. Sobre todo desde los ataques del 11 de septiembre, la posición de Turquía como país musulmán laico y democrático con credenciales históricas y culturales en Asia central, los Balcanes, el Cáucaso y Oriente Medio, combinadas con su participación en las principales organizaciones políticas y de seguridad occidentales, la convertían en un bien muy preciado para Occidente.

La negativa por parte de algunos aliados europeos en la alianza transatlántica de brindar a Turquía la ayuda que solicitaba contra Irak hizo que muchos se cuestionaran el futuro y la viabilidad de la OTAN. Francia, Alemania y Bélgica en particular objetaron a la petición de los norteamericanos de movilizar los efectivos de la OTAN, alegando que con ello el mundo entero consideraría que la guerra era inevitable. Al final, el Comité de Análisis de la Defensa, en el que Francia no está representada, concedió la ayuda.

Turquía había sido incondicional de la colaboración internacional contra el terrorismo, y la aprobación del Plan de Acción de la Asociación contra el Terrorismo del Consejo de Asociación Euro-Atlántica (EAPC) representaba

un aumento de la conciencia al respecto. Otra señal positiva de esa aprobación era la voluntad, en especial por parte de los nuevos miembros y candidatos, de integrar sus programas de seguridad con el de Estados Unidos. Turquía, tal y como demostró la crisis sobre la ayuda de la OTAN en la primavera pasada, había estado sufriendo

las consecuencias de la creciente brecha entre los programas de seguridad de las potencias europeas y Estados Unidos.

Su posición como socio estratégico de EE UU en Oriente Medio, por un lado, y como candidato para formar parte de la UE, por el otro, creó en Ankara un dilema en la planificación de las priorida-

des de seguridad y amenazas. El dilema se intensificó porque, a pesar de que los intereses de Turquía a largo plazo estaban con la UE, los problemas inmediatos de seguridad reclamaban urgentemente la colaboración con Estados Unidos. De ahí la importancia para Turquía de que la Alianza Transatlántica siguiera siendo útil y viable.

EL ACCESO DE TURQUÍA A LA UE

- El Consejo Europeo de Copenhague de diciembre de 2002 acogió muy positivamente las medidas adoptadas por Turquía en relación con el cumplimiento de los criterios de Copenhague, y reconoció la determinación del nuevo Gobierno turco de seguir avanzando por el camino de la reforma. Declaró también que se reforzaría la estrategia para la adhesión y se instó a la Comisión a presentar una propuesta de Asociación para la Adhesión revisada.
- 19 mayo 2003: decisión del Consejo sobre los principios, prioridades, objetivos intermedios y condiciones para la adhesión de Turquía.
- El Consejo Europeo de Tesalónica de junio de 2003 acogió con satisfacción el compromiso del Gobierno turco de llevar adelante el proceso de reforma. El Consejo Europeo afirmó que, teniendo en cuenta los progresos realizados, aún es necesario desplegar mayores esfuerzos; para ello el Consejo ha adoptado una Asociación para la Adhesión revisada, que constituye la piedra angular de las relaciones UE-Turquía con vistas a la decisión que deberá adoptar el Consejo Europeo en diciembre de 2004.

- En la reunión del Consejo Europeo prevista para diciembre de 2004, se decidirá (a partir del informe y la recomendación de la Comisión) si Turquía cumple los criterios políticos de Copenhague. Si los cumple, la Unión Europea iniciará las negociaciones de adhesión con Turquía sin dilaciones.

El Informe sobre la preparación de Turquía para la adhesión, de septiembre de 2003, destaca que dicho país ha realizado un esfuerzo legislativo que constituye un significativo progreso para adecuarse a los criterios políticos de Copenhague. A pesar de los progresos, Turquía debe seguir mejorando aspectos, como la independencia judicial, el ejercicio de los derechos fundamentales, la situación en el sureste y los derechos culturales. Además de las reformas legislativas, debe asegurarse una implementación efectiva de las mismas que asegure a los ciudadanos turcos los derechos y libertades fundamentales de acuerdo con los estándares europeos. Igualmente se destacan los avances en las relaciones con Grecia en lo referente al «problema de Chipre».

En el ámbito económico, Turquía ha mejorado significativamente el funcionamiento de su economía de mercado, aunque se mantienen

los desequilibrios macroeconómicos. El proceso actual de reformas debe proseguirse en diferentes ámbitos: disciplina fiscal, políticas económicas orientadas a la estabilidad, reestructuración del sector financiero, privatización de empresas públicas, promoción de las inversiones, etc. La equiparación de Turquía con la UE ha progresado en muchas áreas, especialmente aquellas en las que existían obligaciones internacionales similares al acervo comunitario, mientras se mantiene en un estadio inicial en muchos capítulos. Es necesario aún un desarrollo legislativo en todas las áreas, centrándose en una implementación más consistente del Programa Nacional para la Adopción del Acervo, en línea con las prioridades de adhesión establecidas en mayo de 2003.

Referencias:

- http://europa.eu.int/comm/enlargement/turkey/pdf/european_councils_pdf
- http://europa.eu.int/comm/enlargement/turkey/pdf/revised_ap_en.pdf
- http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/report_2003/pdf/rr_tk_final.pdf
- http://europa.eu.int/comm/enlargement/turkey/pdf/npaa_full.pdf
- <http://www.europa.eu.int/comm/enlargement/turkey/index.htm>